

ARTE, VIDA Y HUMOR

EN LA OBRA DE GONZALEZ VERA (1)

II

EL HOMBRE.—

En las abundantes notas autobiográficas que transparentan sus memorias, no nos ha obsequiado González Vera con ninguna autodescripción. La tarea de retratarlo literariamente, que podría suponerse fácil, dado el perfil definido de su persona, nos está vedada por el mismo respeto que imponen sus escritos. Su figura es, por lo demás, imborrable para el que lo ve una sola vez. Preferimos translucirla, en lo posible, en el atrevido análisis de su estilo, en el juicio crítico de su obra.

La esquemática biografía conocida de González Vera acumula esa diversidad de oficios y empleos que le permitió atesorar su vasto conocimiento de ambientes y tipos. Aprendiz de pintor (de "brocha gorda", por supuesto), aprendiz de anticuario, mozo de sastrería, empleado en una casa de remates, agente de subscripciones y vendedor callejero de la revista "Selva Lúrica", corresponsal de un diario en provincia, empleado en la clínica de los Ferrocarriles del Estado, director de la revista "La Pluma", por él fundada, empleado en una fundición, corrector de pruebas, empleado en una peletería y, finalmente, funcionario de la Universidad de Chile como Director de la Comisión de Cooperación Intelectual...

En sus memorias aparecen, además, otras profesiones, sobre todo una variadísima gama de aprendizajes: de barbero, de limpiabotas, de mozo de lavatorio, de mozo de biblioteca, qué sé yo. Mas, en toda la trayectoria hay una línea definida que va perfilando su cualidad supina: el buen gusto.

Hasta qué punto es ésta una personal esencia de los escogidos, se demuestra en sus selectivas amistades de los últimos diez años. No es casualidad el entronque de González Vera con esa también primorosa finura llevada al libro que es el trabajo de Arturo Soria en Chile. Este singularísimo personaje, al que don Fernando de los Ríos definía como "un ibero desmesurado", logró llevar la dignidad editorial chilena a un nivel antes desconocido. Tan feliz acontecimiento no habría sido posible sin la consecuente obra de otro ibero, no por adoptivo menos intenso, que es, además, un artífice de categoría universal. Nos referimos, claro está, a Mauricio Amster. La cita de ambos nombres se completa con el del único director (¿podríamos decir americano?) que mantiene en inalterable trayectoria una de las más definidas revistas del momento: "Babel". Poco sabríamos, por cierto, en Chile de figuras tan altas como Forster o Sanín Canó sin la contumaz perseverancia de este recogido y plurilingüe Espinoza, vértice del triángulo que delimita las mejores afini-

(1) Vid. la 1.ª parte de este trabajo en "Occidente".— Julio 1950.

dades selectivas de González Vera. Como una sombra de este equilibrio geométrico hay una estampa intemporal que gravita en la órbita dicha, confluendo con González Vera en una común y primerísima virtud: la bondad. Se llama Larraín (sin acento) y se diría que en su cuello de pajarita hay un perfecto símbolo eutrapélico, tan caro a nuestro escritor.

En estos días un vehículo muy asequible nos ayuda, además, a definir el buen gusto de González Vera: las críticas al premio. Ni el espacio ni el humor nos permiten colocarnos en la inverosímil disputa suscitada. Bástenos señalar que, si no tuviera uno criterio definido sobre la calidad de González Vera, bastaría poner frente a frente las opiniones reunidas...

EL IDEARIO.—

Enigmático asunto es éste de la actitud de González Vera ante la Religión. El punto de partida fué, sin duda, el ejemplo del padre. "Es posible que la admiración a mi padre me hiciera anticlerical, pues carecía de experiencia para serlo por convicción. De ahí derivé hacia un ateísmo recitativo y prematuro, porque, al sentirme en aflicción, no podía redimirme sino invocando a Dios". Esta invocación humana, que es forzoso no confundir con lo que Unamuno llamaba "la almohada del Catecismo", vive en toda su obra. En el modo irónico (poco empleado por él a fuer de humorista) de repetirla, con sus alusiones al Altísimo, transluce la forma presente de la misma idea infantil.

En "Mis relaciones con la religión" (1), por algo dedicado a su esposa María Marchant, explica de sus iniciales y dulces pendencias con los frailes de su colegio, la primera nada menos que con esa estupenda personalidad que fué don Emilio Vaisse. La más exquisita confesión al respecto nos la hace al contarnos que en su adolescencia tenía, contra su voluntad por supuesto, "expresión de bendito". Ello fué la causa de que un vigoroso anciano, desde las filas de cierta procesión organizada en momentos de delirante fervor colectivo, le gritara: —¿Qué hace Ud. ahí? — plantándole acto seguido un enorme velón de cera en las manos. El episodio refleja, con limpieza cristalina, la psicología del memorialista, que lleva su sinceridad al límite de lo sublime. Arrastrado por las circunstancias, el joven anticlerical no se atreve a decirle a su aprehensor la verdad de su pensamiento. Y no por cobardía ni timidez, sino para no contrariar las buenas intenciones del fanático. ¡Ah!, pero su terror sube de punto al darse cuenta de que puede sorprenderlo en tan beatífica actitud su amigo Valdebenito, que lo instruye con amor en sus ideales anarquistas. El desenlace se produce en un tumulto imprevisto, y el episodio termina de la mejor manera posible: obsequiando a una anciana el velón de marras, causa de tantas y tan difíciles inquietudes.

Pero el fino espíritu de González Vera no podía adoptar una actitud iconoclasta, violenta. Como en la tesis del problema social, el humorista in-

manente pone en boca de otro personaje, esta vez el dueño de una fundición, su desarrollo: "es tiempo perdido meterse con la religión; si la atacas y reúnes partidarios, lo que aun no podrías hacer, porque eres un mocoso, despertará el sentimiento católico y en vez de cinco procesiones por día, habrá veinte y esto sin contar que, en la primera ocasión, no faltará quien te muela a palos... El paco es católico, el oficial es católico, el juez es católico. ¿Quién no lo es?, puedes ir a parar a la cárcel. ¿Y todo para qué?... Los radicales, los librepensadores... ¡Pura palabra! Si un radical quiere a una mujer, de un sopetón va a parar a la parroquia; si la mujer tiene un chiquillo ¡a la iglesia se ha dicho! Si los niños cumplen diez... ¡venga la confirmación! Y cuando uno llega a viejo empiezan los curas a rondar la casa y ¡zas! que uno está platicando con él y contándole su historia completa. "Y concluye: "Más valdría exigir nuevas procesiones, misas a toda hora, aumento de seminarios y capillas... Pudiera ser que así la gente se aburriera..." (2)

La página en que el muchacho analiza el proceso de la pérdida de la fe es un prodigio de conocimiento intuitivo en el difícil arte de la memoria. La intromisión de la idea de que no hay una causa rectora de lo que ocurre, el terror ante la nada y el largo soliloquio que es su consecuencia, sugieren el recuerdo de Unamuno desde todos los ángulos. Mas, a diferencia del gran trascendente, el humorista no se queda en la hondura de su problema, se lo sacude como un molesto escalofrío, envuelve en una pregunta la idea de la justificación de la vida por la vida misma... y acaba sumándose al tumulto.

LA POLITICA.—

Su reiterado empleo erige en sistema el de poner en boca de otros ideas sustanciales, de evidencia abrumadora y, al tiempo, audaces. Hay en González Vera una obsesión acerca del caudillismo militarista hispano-americano, triste herencia del español. Un Federico Carvallo es el llamado en "Estudiantes de Año 20", a mantener la bandera (3). Dice, luego de recordarlo "con su figura erguida y ascética": "Cuando se efectuó un congreso policial en Buenos Aires, envió este breve telegrama: "las ideas se combaten con idas y no con sables". Y añade el autor: "Los congresistas protestaron porque, precisamente, estaban haciéndole sitio a los sables y les contrariaba que se les descubriera tan de sopetón".

El análisis de la personalidad de Alessandri tiene la rara virtud de aclarar, con tres o cuatro trazos fugaces, el enigma de este hombre apasionado que, al parecer, supo erigirse con habilidad melodramática en epinicio humano de la "mediocritas" ambiente. Ignoramos si se ha dicho el mismo pensamiento, pero creemos difícil encontrar una determinación más rápida y definitiva que ésta: para González Vera, el ídolo del año 20 era un hombre "vehementísimo, especie de mago que transformaba las frases hechas y las ideas más atrozmente manidas en monedas de oro purísimo". Y para redondear después el concepto, añade: "Sus palabras eran alimento".

La definición política es siempre en González Vera tajante. Llega a las más lapidarias conclusiones con su sonrisa inalterable. Donde sobrenada el escepticismo gana giros más personales el humor. De muchacho, aprendía en las reuniones dominicales a analizar palabras detonantes y representativas: democracia, explotación, paria. En estas definiciones se perfila su actitud política mejor aun que en las actitudes anarquizantes. La palabra "democracia" le irrita: "No era de mi agrado — dice —, nunca la usé". Y se justifica: "Debió influir en mi prevención la circunstancia de tenerla asociada a bebedor y tabernero. En el barrio menudeaban las cantinas y sus dueños eran demócratas. Muchos de los bebedores también lo eran. Los taberneros fueron obreros económicos, ansiosos de liberarse del trabajo asalariado. ¿Cómo habían resuelto su problema? Abriendo cantinas en las cuales expoliaban al trabajador con ferocidad sostenida..." (4).

También en las conclusiones simplistas sobre el criterio antagónico utiliza a algún personaje pintoresco para espetarlas. En la tertulia del Club de Septiembre, el único extranjerizante asombraba a sus auditores con tremendas definiciones: "Un caballo es un capital... la vaca también lo es. La máquina vale plata, es capital. La casa es capital, ¿por qué no va a ser capital un hombre? Eso es lo que yo me digo... Ustedes que viven aquí deberían reflexionar, ustedes que tienen tierras. Hagan comer al roto, vístanlo con ropa apropiada, enséñenle a trabajar y este paisito volverá a tener coraje. ¿Qué el roto se subleva? ¡Se le da su varapalo y después tan amigos como antes!"

EL ANARQUISMO.—

El ideario anarquista transciende por sus poros e incuba sus inquietudes de muchacho. Con fina penetración, se asombra de esa transparencia de pensamiento que debía individualizarlo desde la infancia. Cuando era mozo en el Club, un caballero flaco le apostrofaba con tono picaresco: —¡Este es anarquista! El aludido no comprendía las razones de tan honda perspicacia. ¿Qué rasgo de su carácter pudo inspirarle este juicio? Sin duda que en aquel momento era sinónimo de anarquista todo lo que pretendiera la más tímida renovación.

Sin embargo, el anarquismo militante no traspasa su epidermis de manera total. Las jugosas descripciones de "Los anarquistas" (5) concentran la parte ideológica también en boca de los enfervorecidos. El relato de esas reuniones en el centro "Francisco Ferrer" asombra al constatar la insospechada influencia del anarquismo español en tierras americanas.

También aquí González Vera es espectador. La búsqueda de su pensamiento anarquista hay que realizarla al margen de estos relatos directos. Por lo demás, de la belleza del credo anarquista sólo podía aceptar lógicamente lo que no tenía de credo y lo mucho que tenía de bello.

Su maestro, Valdebenito, era un anarquista soñador que planeaba la sociedad futura... sin mandones, sin dueños, sin leyes. Sus largos postulados renovadores acababan siempre con un “¡La vida será muy hermosa!”, frase ingenua que resalta su candor cuando el escritor confirma a Valdebenito diciendo que, al repetirla “movía los labios golosamente y las pupilas se le dilataban”.

La pintura de Belén de Zárrega es sublime. Electriza a millares de entusiastas anarquistas... entre los cuales nuestro adolescente también refleja su actitud humorística al observar que los exaltados se retiraban “Henchidos, felices, como si en ese instante las iglesias y el clero se hubiesen disuelto...”.

LA SOCIEDAD.—

Podría este acápite llenar y justificar el ensayo de interpretación de González Vera. Quien ha sentido en sus propias carnes el estigma de la injusticia social y, además, posee talento para describirla, es fácil colegir que se halla en las mejores condiciones para pulsarlo. Antes hemos dicho que González Vera tiene un estandarte limpio y honrado. Las salpicaduras de esta inquietud llenan toda su obra, le dan unidad y la definen sin titubeos. El concepto del parásito social, del ocio en el rico y en el pobre, la defensa moral del desposeído. En el vagar de unos y otros, por ejemplo, determina toda una ideología precisa que, como es vertebral, no necesita ponerla en labios de otro: “No buscaba empleo — dice —, pero cuando uno confiesa que está cesante no declara que es por disfrutar de un poco de ocio. Además, sería un tanto inútil, porque no hay comprensión, ni siquiera entre personas cultas, para los pobres que deciden descansar. Empero, se tolera que los ricos huelguen. Si alguien, al referirse a uno de estos, pregunta:

—¿Qué hace don Pedro?

—¡Vive de sus rentas! — es la respuesta. En el caso del obrero o del empleado, se dice invariablemente:

—¡Es un ocioso!.

Y concluye, bien de su cosecha: “Quizás haya cierta sabiduría, aunque repugnante, en tal manera de pensar”, porque si todos los trabajadores holgaran: ¿Qué podrían llevarse a la boca los rentistas, los militares, los políticos, los inválidos y cuantos no producen alimentos?... (6).

Su actitud inalterable frente a la sociedad es, precisamente, lo que define la calidad de humorista excepcional en González Vera. Por eso preferimos cerrar este punto con un fugaz ejemplo, para insistir en él más adelante, cuando intentemos el esbozo del estilo en tan difícil como rara habilidad.

EL ESTILO.—

¿Cómo definir el estilo de González Vera? No sería difícil seguramente buscar los entronques aplicando una rigurosa dilucidación estética. Más sea-nos permitido huir de la manía de las clasificaciones, buena para eruditos. Sin embargo, en el orden de los paralelos, se nos ocurre apropiada la oportunidad de una frase que Cervantes pone en boca de Ginesillo de Pasamonte, convertido por arte de la sinvergonzonería andante en Maese Pedro, para frenar la verborrea del muchacho que explica las vicisitudes del rapto de Melisendra. Cuando el torrente de adjetivos lleva a los espectadores a un estado de tensión insoportable, Cervantes dice: **“Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectación es mala”**. Para nosotros, este sabio tratado de estética en diez palabras, define en su aplicación literal el estilo de González Vera.

Como es de rigor, la calidad de su estilo no procede del artificio repulido. Es fácil encontrar “descuidos”, alguna repetición o cacofonía inevitable, de esas que el pedante corrige aunque se altere por completo el sentido de lo que quería decir. Lo que importa a González Vera es lograr la “mise en scène” con naturalidad, sin complicaciones descriptivas. Para introducirnos en la atmósfera densa de una reunión de estudiantes no cae, por supuesto, en la vulgaridad de decir que el humo “se cortaba”. Cita las posturas fantásticas de los contertulios, que daban una visión “semejante a las reuniones de mineros del Cañón del Colorado” (7). La simbolización es perfecta, no porque realmente los mineros del Colorado se reúnan de la inverosímil manera, sino porque la imagen nos lleva a algo exótico, teatral y extranjero, es decir, al más breve símbolo posible de la idealización lejana del cine. Y, además, con mucha gracia.

Describir una trifulca es tarea ardua. Valle Inclán lo logra con barrocos artilugios metafóricos. Al repasar in mente el “Tirano Banderas”, nos queda un sabor preciso de lo que debe ser el México de exportación. Baroja nos introduce en los cuerpos de los contendientes y nos sentimos arrastrados por el espíritu partidario. González Vera, en los asaltos a la Federación de Estudiantes nos está contando una película, pero con tal técnica de la ilación, que nos lleva vertiginosamente de los puñetazos a las reacciones colectivas, del carácter individual y dirigente en el momento de prueba a las más sutiles conclusiones morales. Y, consecuente con su tradicional actitud, el autor presencia la trifulca y nos la describe en su calidad de cronista. No presume de héroe. Eso le permite, además, analizar con eclecticismo la actitud de aquellos que defiende, y juzgarla sin pasión.

Con reiterada habilidad, juega González Vera (y esto es uno de sus más sabrosos y reiterados, si no del todo originales, determinantes) los contrastes del individuo apostrofado y la definición del mismo con el apóstrofe. En “Mis relaciones con la religión” (8) hemos encontrado el ejemplo más fino

de este juego. Presencia en la Comisaría un altercado entre policías y canutos. El místico repite un discurso callejero que es silenciado militarmente:

“—Mire, cabo — ordenó el oficial — échelos al calabozo. ¡Están enfermos del chape!”.

Y, a renglón seguido: “Los enfermos del chape se alejaron cantando “Tú eres nuestro Salvador”, concluyendo con el denuesto inevitable del cabo:

“—A callarse... canutos recondenados...!”.

LAS MEMORIAS.—

Hemos señalado en la primera parte de estas notas el carácter memoria-
lístico que anima casi toda la obra de González Vera. “Vidas Mínimas”, “Al-
hué” y más de la mitad de los relatos de “Babel”, están concebidos en pri-
mera persona, reflejan el punto de vista del que escribe, son, en su mayor
parte, confesiones. La razón de ser del sistema emana de la propia mentali-
dad del autor. La imaginación de González Vera no tiene nada de tropical.
Cuando la deja libre, como en los Cuentos, gravita en torno a personajes, rea-
les o ficticios, que viven en el fondo sus propios problemas, o los que él ve
con los ojos de los demás.

Se ha dicho que la actitud memorialística de González Vera es egocén-
trica, que la primera persona denota egoísmo. Si el argumento fuera válido,
pocos escritores quedarían fuera de la infamante categoría. Quien conozca la
seráfica figura de González Vera captará de inmediato lo errado de tal
afirmación. En su obra es fácil encontrar la involuntaria muestra de
una modestia rayana en la timidez. Baste un ejemplo: “Era el poeta José Do-
mingo Gómez Rojas. Aunque estaba a cinco metros de distancia respecto al
sitio que yo ocupaba, lo sentí tan lejos, tan inaccesible, como si él hablara
desde una colina y yo me hallase en la llanura. Espiritualmente era verdad”.
(9). ¿Cabe mejor símil que tal actitud en segundo plano, “en la llanura”, en
que él mismo se sitúa?

Lo que valoriza el mérito estilístico de estas memorias, es la difícil so-
lución del uso de la primera persona sin caer en el exhibicionismo, prefirién-
dose, por cierto que sin alardes, para contar a los demás de uno lo que ins-
tintivamente sabe que puede interesarles. La Memoria, que se inicia aun
imperfectas en Vidas Mínimas, abarca la fase más personal y directa de Gon-
zález Vera y bastaría ella sola para justificar su prestigio.

LA BIOGRAFIA.—

Quien aplica a la memoria tan delicada tersura de expresión, de autoaná-
lisis, forzosamente había de plasmar en el ensayo biográfico las más sutiles
observaciones. Las biografías de González Vera aceptan la fácil división en
dos grupos: el de los muertos y el de los vivos. En los primeros, sabe Gon-

zález Vera atisbar la sustancia en el casi siempre abundante farrago de noticias con que los panegiristas impenitentes se empecinan en situar en la Historia a sus favorecidos. En los segundos, en los que él ha conocido y tratado, hay sin excepción una perspicacia que nos descubre lo que instuíamos característico en los personajes retratados, sin habernos percatado claramente de ello antes.

Pérez Rosales era, sin duda, un ente extraordinario. Todos lo imaginábamos como un fantasma aventurero que un día está en el Sur, colonizando, otro en Europa, reclutando audaces de su talla y otro en California, a la grupa de Joaquín Murieta.

González Vera nos retrata, casi fotográficamente, un Pérez Rosales estudioso, muy culto, desde luego rebelde y tan simpático que los marinos con quienes se embarca en su mocedad se disputan su custodia. ¡Qué descubrimiento éste de su alternar con Silvela, con Fernández de Moratín, el de su formación cervantina de los primeros años en Europa!

El relato de sus apetitos organizadores discurre en la pluma del biógrafo por un cauce convencional y, a la vez, pleno de amenidades. Y cuando llega la hora de la aventura, lo que sitúa al personaje en la biografía es, precisamente, la chispa original de su ingenio. Al revés que el biógrafo tradicional, González Vera encuadra en un epílogo el resumen de la obra de Pérez Rosales. Es la consecuencia de una vida rebosante que plasma sus terráqueas experiencias en un multiforme despliegue de actividades heterogéneas. Es decir, la característica del sujeto está expuesta como una consecuencia, no como una justificación previa. "Fundó ciudades, fué explorador, ganadero, escritor, agricultor, pintor, parlamentario, cónsul, intendente, contrabandista, industrial, minero, comerciante, botero, médico"... y, al final de la interminable y sabrosa lista, González Vera, con gracia redundante, todavía planta un "etcétera", con todas sus letras, que serviría a la perfección como modelo de adecuado uso en tal difícil como eclético vocablo (9).

—ooOoo—

Cuando Gabriela Mistral fué honrada con el Premio Nóbel apareció con precipitada urgencia la inevitable serie de ditirambos con que suele castigarse a los laureados.

Nos dieron entonces la versión de una criatura prodigio que nacía borboteando versos por doquier. En 15 páginas de "Babel" (10) González Vera contorneó su figura humana, resoluta e independiente, que la define como corresponde, en su faceta mística, alucinada, en la entraña de lo que representan sus prodigiosos "Sonetos de la muerte".

—ooOoo—

Donde la degustación de las biografías de González Vera se hace más sabrosa es en los retratos de las personas que uno conoce. En la instantánea de Mariano Latorre se está viendo la recia estampa del escritor, sus ojos azules, su andar marinero. Pero hay algo en Mariano Latorre que escapa, que no sabemos precisar, que lo define físicamente y que puntualiza su personalidad. Es un intrínquilis psicológico, evidente y difícil, claro cuando se capta el secreto en que está radicado. Ese algo personal, inconfundible, en Mariano Latorre es su pestañeo. Es un pestañeo afirmativo, que remacha sus ideas y las determina. Pues precisamente es en ese subir y bajar de tan expresivas pestañas donde González Vera centra lo propio de Mariano Latorre, su imaginación, su astucia, su simpatía envolvente y espontánea.

Lo exquisito de estas tres páginas consagradas al laureado novelista, es que el biógrafo discrepa de su función literaria, pero la respeta y, en cierto modo, la admira. "Zurzulita" le da la impresión de ser un libro pesadísimo que lee, porque no tiene más remedio, porque los únicos de que dispone para matar el tedio son, además, de éste, "Alsino" y "Por el camino de Swan". Es cierto que, en definitiva, aplaude y valoriza, no el criollismo (hermético e incomprensible para el que no es criollo) sino la minuciosa pintura de la Naturaleza chilena, arte que ha dado a Mariano Latorre la alta jerarquía de que disfruta. (11).

—ooOoo—

Los apuntes sobre D'Halmar deben figurar entre los más acertados de González Vera. La emotiva circunstancia de su muerte da a la relectura de este prólogo de "Mar" (12) valores patéticos. Lo que de él nos dice González Vera es cosa ya sabida, más pocas veces se había perfilado la idea central resultante en la búsqueda del fondo polimorfo de aquella Enciclopedia de las anécdotas. La síntesis es la desmesura. En D'Halmar no se explicaba uno cómo hablando tanto le quedaba tiempo para escribir. La planta estatuaria está trazada con la maestría ya conocida en otros bocetos biográficos. Como en ellos, la observación personal, "exclusiva", es también la más evidente y la menos observada por el común: la seriedad, el atuendo solemne "que necesita el buen orador y que causa, al principio, un poco de terror en los auditorios", alternado, en hábil contraste, con la sonrisa "en ciertos pasajes, decir otros con tonos aterciopelados e ir cambiando hasta llegar a las grandes voces, a la iracundia".

—ooOoo—

Las notas biográficas sobre Rafael Maluenda imponen respeto (13). Lo sigue en su evolución desde la literatura al periodismo. También discrepa honradamente. Por eso, al final, con gracia inesperada y conciliatoria nos aviene con el sujeto llevándose al cielo y sopesando en la divina balanza

los yerros y los aciertos. “Tenemos la certidumbre — concluye — de que sus “escenas” y demás “virtudes” pesarán lo suficiente para que sea admitido y ocupe un asiento principal”.

—ooOoo—

En “Federico Gana” González Vera elabora una pequeña y primorosa obra de arte. Esta sencilla biografía podría servir de modelo al mejor especialista (14). En 25 breves páginas alienta una vida singular que demuestra su exclusivísima personalidad en actos familiares espontáneos, de sencilla y a la vez profunda significación. La metamorfosis de su físico se encadena con habilidad y lógica inigualables. El atractivo del personaje emerge insospechadamente. En la muda estimación que fragua hacia Federico Gana, se piensa, después de leer esta joyita de González Vera, que no podía ser de otro modo...

—ooOoo—

Es difícil que González Vera no trace sus biografías con cariño. En la de Amanda Labarea (15) también los rasgos acusados la delimitan entre un farrago de polifacéticas actividades: “Casi invariablemente conseguía que cada persona se despidiera (habla de esa especie de religión aséptica que es la cooperación intelectual) a los cinco, a los diez minutos, loca de contento. Sabe despedir a la gente produciendo un silencio cordial...”, y salpica, en un párrafo sabiamente atropellado, frases determinantes y paradojas singulares...: “usa el teléfono como si fuera algo de su invención”... “ríe y sonrío sin avaricia...”.

—ooOoo—

Pero donde el retrato llevado con cariño alcanza los límites de lo sublime es la estampa de Euclides Guzmán. Este nombre geométrico es el epitafio de un carácter joven, que alterna su mesurada y dispersa actividad entre revistas ejemplares, clases nocturnas para obreros y literatura en una de sus más difíciles formas.

En jugosas líneas, González Vera lo define por entero. Es tan transparente, a través de su modesto silencio Euclides Guzmán que con señalar esta bella cualidad basta. El biógrafo la resalta: “Por su espíritu curioso, columbro que disfruta hasta la locura con placeres que no cuestan un centavo: oír, mirar, fantasear”. Y el colofón es un resumen de legítimo humor, con me-

ridiana ¡ay! y triste clarividencia subrayado: "Si se deja llevar, si no lo evita en su hora, puede ocurrirle que sea un autor muy bueno". (16).

—ooOoo—

La extensa biografía de Baldomero Lillo (17) nos muestra otra faceta diferenciada en la obra de González Vera. Aquí la necesidad de acudir a las fuentes y de despejar incógnitas bibliomaniáticas lo lleva a la erudición prolija. Estamos frente a un ejemplo de lo que da un trabajo hondo, meditado y laboriosamente cumplido.

¿Es, por anómalo contraste, exagerado el elogio a Lillo? González Vera se altera pocas veces. Esta no frena su entusiasmo. En el hombre recorta, como en tantas ocasiones, ese exterior ostensible que sólo el humorista ve. Pero en la obra... "Un hombre que comienza a escribir y hace, desde el primer momento, páginas definitivas, no obra por inspiración súbita, no acierta por el puro vaivén de las cosas. Ese hombre es de cierta manera el mensajero de su pueblo o de su hora". Aun a riesgo de parecer demasiado sutil. ¿No hay en esa alusión a la circunstancia, a la hora, una levísima recogida de velas, una vuelta a tono uniforme de su consecuente ponderación?

El sistemático desarrollo de la biografía de Lillo discurre por el mismo sendero de la información objetiva, salpicada de notas humorísticas, siempre oportunas, que constituyen la base del acierto como biógrafo. ¿Hasta dónde confunde González Vera el discurso biográfico con la trama novelesca?. He aquí su secreto. El simple hecho de que el padre de Baldomero sea nombrado administrador de la Hacienda de Coleura es pretexto adecuadísimo para describirla, salpicando de notas históricas interesantes la sobria pintura de un paisaje. En esta elaborada sucesión de tipos, libros, acontecimientos pretéritos y episodios cotidianos se desenvuelve el hombre. Nos capta, más que por su actitud literaria, por su presencia humana, por la atracción personal de sus cambiantes vicisitudes.

No hay nada asombroso ni expectante en la vida de Baldomero Lillo. Su evolución literaria está adobada por la actualidad permanente del minuto que vive cada nuevo libro, cada artículo, cada determinación. Y, tal vez sin deliberado propósito, cuando el relato corre el riesgo de caer en la monotonía cronológica, el artista biógrafo la resucita con la pintura del físico aparente en ese minuto, o en la enumeración de las preocupaciones que en tal período de su vida lo obsesionan; un invento, la confección de algún artefacto, las gallinas, la poda, la lectura de obras de física, tal cuento o tal artículo...

Los asertos críticos tienen la fuerza de la evidencia: "Baldomero Lillo es realista, pero lo domina constantemente la imaginación". ¿Habría intuido González Vera en su amado escritor un precedente personal? La falta común de interés por el ambiente geográfico, la unisona captación humorística de los individuos (no por el humor que éstos posean sino por el que el escritor le

entresaca), la paralela gravitación de la trama en un detalle central, ¿no son rasgos afines, alcanzados y sentidos por caminos muy diferentes, más comunes al cabo?

Un aspecto fundamental los separa. El estilo de Lillo, es, como bondadosamente González Vera señala, un problema, emanado de la necesidad primaria de expresarse con pasión. En el autor de "Alhué" el estilo puede serlo todo, menos un problema. Sencillamente, porque "es". (*).

L. C.

—ooOoo—

-
- (1) Babel N.o 35, pág. 80.
 - (2) Babel N.o 35, pág. 86.
 - (3) Babel N.o 28, pág. 37.
 - (4) Babel N.o 46, pág. 192.
 - (5) Babel N.o 35, pág. 89.
 - (6) Babel N.o 38, pág. 51.
 - (7) Babel N.o 28, pág. 34.
 - (8) Babel N.o 35, pág. 38.
 - (9) Babel N.o 52.
 - (10) N.o 31.
 - (11) Babel N.o 21.
 - (12) Cruz del Sur, Santiago, 1943.
 - (13) Prólogo a "Eloísa", Cruz del Sur, 1943.
 - (14) Prólogo a "La señora", Cruz del Sur, 1946.
 - (15) Prólogo a "Desvelos en el Alba", Cruz del Sur, 1945.
 - (16) Babel N.o 26, pág. 71.
 - (17) Sub Sole, Segunda Ed. Nascimento, 1931, págs. 195 a 264.

(*) Este trabajo será completado en el próximo número de "OCCIDENTE" con el siguiente sumario: El cuento.— Los entronques: Zapiola, Manuel J. Ortiz, Azorín.— El humor en las letras castellanas.— González Vera, humorista.— Una obra maestra: "La Voz en el desierto".